

POR OTRA EDAD MEDIA

Jacques Le Goff

PRÓLOGO

Tereixa Constenla

La Edad Media careció de revoluciones como tales, pero registró semejantes transformaciones culturales que impactaron en las sociedades como si fueran revoluciones. A analizar su alcance, a veces a desvelar su propia existencia, dedicó buena parte de su obra el historiador francés Jacques Le Goff (Tolón, 1924 - París, 2014), que rehusó tratar este largo periodo como una duermevela de la sociedad occidental encajonada entre dos tiempos vigorosos: la Antigüedad clásica y el Renacimiento. Como si el milenio que hay entre ambos fuese solo una sucesión de días estériles desde el punto de vista creativo y de guerras repetitivas desde el histórico. Un tiempo de lepra y ojiva, sin mucho más.

Le Goff amó la Edad Media sin dejarse cegar por ella. De ahí nace su reivindicación de la misma como una etapa compleja, heterogénea, mutante. Al mismo tiempo hacía ciencia, incluso ciencia de un modo singular (reformuló junto a Pierre Nora la escuela historiográfica conocida como Nouvelle Histoire), que le permitió aportar montañas de conocimiento a lo ocurrido en aquel periodo. Interpretar desde los hechos. A la manera de Jules Michelet, uno de sus maestros, defendía una simbiosis arriesgada y atractiva: casar los documentos con la imaginación. Puede que el origen de tal combinación proceda de muy lejos, del adolescente que leyó casi en paralelo, y con similar encandilamiento, Ivanhoe, el clásico de aventuras de Walter Scott, y la Histoire de France, de Michelet.

En el prefacio que escribió para la primera edición de Por otra edad media (publicado originalmente en español bajo el título

Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval), el historiador revela que encontró en la Edad Media la etapa ideal para evitar tanto los peligros de la historia del mundo clásico, entre los que citaba la erudición castradora y la fantasía excesiva, como los asociados a la edad moderna y contemporánea, donde los riesgos procedían de la sobreabundancia de documentación estadística, la pérdida de visión de conjunto o la interpretación marxista, un método con herramientas útiles que consideraba fallido en su conjunto. Al igual que Michelet, Le Goff percibe que el historiador es un hombre de archivos que resucita la vida de seres reales enterrados en documentos o que existieron al margen de ellos.

Si de escribir la biografía de la historia se trataba, había que contar algo más que las cruzadas, el feudalismo o las nuevas monarquías asentadas sobre los rescoldos del Imperio romano. Había que plasmar unos valores, unas creencias, un ocio, todo lo que conforma una cultura popular que acaba siendo el barniz de una época. Había que contar las mentalidades. Si queríamos rescatar el retrato del conjunto, era necesario indagar en la perspectiva social, en mirar a veces como el etnógrafo y a veces como el economista y a veces como el filólogo. O mejor aún, había que forzar una mirada polivalente que las aglutinase todas. Le Goff estaba por descubrirnos una Edad Media total narrada a partir de cartas y poemas, tratados jurídicos y planos de catedrales, restos materiales y bibliotecas, la vida de los vestidos y las tabernas. «Una época y una civilización —afirmaba— no se puede entender sin incluir la literatura, el arte o el derecho.» Ese es uno de los pilares de su manera de hacer historia. Convive con otro igual de esencial: «No se escribe la historia con el apoyo de las meras suposiciones». Lo líquido y lo sólido, diríamos hoy. El espíritu de los tiempos y sus acontecimientos.

Dado que la historia positivista venía de esa genuflexión a las dinastías, las guerras, los armisticios, las cosas de la alta política y los grandes hombres, Le Goff exploró un camino que conducía al folklore popular, a las supersticiones y el purgatorio (un concepto que nace por entonces), a la narración oral, al ritmo de los días y, en suma, a las vidas corrientes. En

los textos agrupados en este volumen está esa historia de lo cotidiano que nos permite conectar con la atmósfera que guio la vida de nuestros antepasados medievales.

Por otra Edad Media agrupa casi una veintena de ensayos y conferencias, que fueron publicados por vez primera en francés por Gallimard en 1978 (*Pour un autre Moyen Age*) y traducidos al español en 1983 en Taurus. Son artículos escritos durante dos décadas, entre 1956 y 1976, que abordan cuatro grandes bloques temáticos que prevalecieron en la obra de Le Goff como áreas de interés prioritario: el tiempo y el trabajo, el trabajo y el sistema de valores, la cultura erudita y la cultura popular, y la reflexión sobre la antropología histórica. El historiador detecta que las grandes revoluciones de la Edad Media, un tiempo sin fenómenos revolucionarios que merezcan ser llamados como tales al estilo de los ocurridos después en Francia, Inglaterra y Rusia, ocurrían dentro de cada cabeza. En cierto sentido es un pionero, que intuye la transformación de algunas de las estructuras mentales que se arrastraban desde el mundo clásico y que siguen vigentes en nuestro tiempo. Un científico sin ataduras, que lo mismo se preocupaba por reconstruir la personalidad de san Luis, el rey francés que escrutó en una monumental biografía de novecientas páginas, que ahondaba en el sueño, los sermones o la risa. Sometió a esta última al análisis histórico para estudiarla como un fenómeno social y cultural, que evolucionó desde la represión (existía el temor a su poder hipnotizador) de la Alta Edad Media hacia su progresiva liberación, con límites marcados por la estratificación social.

Uno de los aspectos que más atrajeron al historiador tuvo que ver con el dominio del tiempo y la transformación que experimenta en Occidente a lo largo de ese milenio. La percepción cambia de la mano de su medición. Dejó de ser agrario, natural, extensible y se convirtió en algo mensurable, pautado y rígido con las campanas de trabajo y, a partir del siglo XIII, con el reloj, un invento que debió ser tan disruptivo cuando se popularizó como el móvil en nuestros días. Ese viraje social se consolida a partir del siglo XIV, cuando perder el tiempo se convierte en un pecado. Ahora se ha liberado de la

connotación religiosa, pero la relación contemporánea con el tiempo entronca claramente con la que nace en aquellas horas medievales.

La fundación de las universidades europeas, a partir de Bolonia, es otra de las grandes transformaciones del periodo. Aquí Le Goff se detiene en dos aspectos: las relaciones entre estas instituciones y el resto de poderes públicos (los conflictos se dieron a propósito de temas menores, la universidad como nicho de una inteligencia revolucionaria ocurre a partir de la revolución industrial) y la conciencia que los universitarios medievales tienen de sí mismos.

Uno de los aspectos en los que más se centró tiene que ver con la evolución de la apreciación social de los oficios, uno de los campos estudiados en estos ensayos. Los tabúes de las sociedades primitivas respecto al trabajo, relacionados con la sangre, la impureza y el dinero, se mantienen al comienzo de la Edad Media, cuando se desprecian las ocupaciones de carnicero, médico, notario, mercader, tejedor o cambista, entre otros. El desdén salpica a casi todo lo que no está vinculado a la tierra hasta el siglo xi, cuando comienzan a desarrollarse las ciudades y, de su mano, nuevos oficios. La lista de prohibidos o despreciados disminuye conforme se instala la idea de la utilidad pública de las diferentes actividades. El trabajo se convierte en mérito y es el trabajo manual lo que distingue lo estimado de lo ninguneado socialmente. Lo que se paga, lo que se compra, deja de ser indigno a partir del siglo XIII.

Además de su vasta aportación al estudio medievalista, Le Goff tiene un espacio propio por su contribución a la historiografía. En 1963 asumió la dirección de la revista *Annales*, que había revolucionado la ciencia en los años treinta de la mano de Fernand Braudel, Marc Bloch y Lucien Febvre, y que nuevamente volvió a capitanear las tendencias historiográficas con la propuesta de una *Nouvelle Histoire*, formulada por Le Goff y Nora en *Faire de l'Histoire* (1973). Un hacer historia que indaga en las mentalidades y que, dada su lenta transformación, empuja a analizar los fenómenos durante un largo periodo. Un ir y venir por los tiempos, como dirá el

propio Le Goff: «Una idea fundamental de esta escuela es que la historia se hace en un viaje de ida y vuelta constante del presente hacia el pasado y del pasado hacia el presente». Esa larga historia se contrapone a la historia corta de los acontecimientos. Sin desdeñar estos hechos a la manera de la historia subjetivista, la Nouvelle Histoire agranda el ángulo de visión e introduce temas, aspectos y hábitos que la historia política y económica había marginado hasta entonces. Estudiar las mentalidades no es la panacea a todos los males, matizará el historiador, pero resulta un concepto útil para acercar al presente una manera de estar en el pasado.

Las mentalidades cambian lentamente, incluso más lentamente que la historia, nos dice. En unas y otra las cosas nunca acaban y empiezan del todo. «El movimiento de la vida, como el de la historia, está hecho más de encabalgamientos que de sucesiones nítidas», advierte. Las periodizaciones pueden tener su utilidad didáctica pero son poco representativas de la realidad. Ni de la presente ni de la pasada. Al igual que nosotros, que nos encontramos en pleno cambio social, tecnológico y cultural (un probable cambio de era, a decir de muchos), no atinaríamos a precisar si el año de la transición fue el del invento del móvil, de internet o del primer robot de inteligencia artificial, porque todo eso ha pasado al mismo tiempo que la vida no variaba para millones de personas, las sociedades anteriores tampoco captaron transiciones que ahora disponen de fechas fijas en los libros de historia. Las vidas, salvo en caso de sacudidas brutales como las guerras, no se alteran de un día para otro. Inmersos en las incertidumbres de los cambios, las personas, ahora y en la Edad Media, nos esforzamos en integrar novedades sin que por ello salten por los aires nuestras costumbres. Internet no hace que renunciemos a hábitos como el café de la mañana, asistir a una función de teatro o a un partido de fútbol, como tampoco la aparición del reloj perturbó las comidas o los bailes medievales. Pero uno y otro actúan sobre las estructuras mentales con las que interpretamos el mundo, condicionan nuestra mirada y acaban introduciendo rutinas y esquemas que las generaciones siguientes traerán de serie. Y esto, que parece

etéreo e inaprensible, nos revela aspectos de una cultura en un momento de la historia tan esclarecedores como las actas de una reunión secreta del G-0, si pensamos en el hoy, o de la negociación entre las delegaciones del papa Alejandro III y el emperador Federico I Barbarroja en Venecia, que puso fin a una de las grandes esquizofrenias de la comunidad medieval cristiana: los dos papas.

Escrutada con las nuevas lentes de Le Goff, la cronología vigente muestra a las claras ciertas grietas causadas por la cerrazón de la efeméride, que ha ignorado demasiado burdamente a veces que la historia es también una sedimentación de capas entremezcladas. Él considera que la Edad Media enraiza mucho antes y continúa mucho después de lo que determinan los puntos kilométricos que establecen su principio y su fin. A su juicio, se corresponde con un tiempo tan largo que define la historia de la sociedad preindustrial que emerge desde los siglos II o III «para morir lentamente bajo los golpes de la revolución industrial entre el siglo xix y nuestros días». Sin caer en la idealización de ese periodo como una edad dorada, la interpreta como el origen de la sociedad moderna, donde se crean nuestras estructuras sociales y mentales. Ahí se forjan conceptos y realidades de lo colectivo —lo público, lo político— que siguen conformando nuestros días: la ciudad, la nación, el Estado. Pero también se alteran los esquemas individuales con asuntos como la valoración del trabajo o el examen de conciencia introducido por la Iglesia y que el historiador considera el cimiento psicológico sobre el que luego podrá asentarse el psicoanálisis. Si Freud «recostó el confesionario», como el medievalista afirma, Le Goff ayudó a asentar en la academia de la historia las vidas cotidianas que, no por carecer de documentos escritos que diesen fe de su propia existencia, fueron menos reales.

PREFACIO

En mi opinión, los artículos aquí reunidos tienen una unidad que quizá no sea más que una ilusión retrospectiva.

Esta unidad procede, en primer lugar, de la época que hace un cuarto de siglo escogí como campo de reflexión y de

investigación sin darme cuenta claramente de las motivaciones que entonces me empujaban hacia ella. Hoy diré que la Edad Media me atrajo por dos razones. Primero, por consideraciones de oficio. Estaba decidido a convertirme en historiador de profesión. Indiscutiblemente, la práctica de la mayoría de las ciencias es cosa de profesionales, de especialistas. La ciencia histórica no es tan exclusiva. Aunque en mi opinión se trate de un debate mayor para nuestra época, en la que los media ponen al alcance de casi todo el mundo la posibilidad de decir o de escribir la historia en imágenes o en palabras, no abordaré aquí el problema de la calidad de la producción histórica. No reclamo ningún monopolio para los historiadores científicos. Los diletantes y los vulgarizadores de la historia tienen su atractivo y su utilidad; y su éxito demuestra la necesidad que sienten los hombres de hoy de participar en una memoria colectiva. Yo deseo que la historia pueda seguir siendo un arte, al tiempo que se vuelve más científica. Nutrir la memoria de los hombres exige tanto gusto, estilo y pasión como rigor y método.

La historia se hace con documentos y con ideas, con fuentes y con imaginación. Ahora bien, el historiador de la Antigüedad (por supuesto, me equivocaba, al menos por exageración) me parecía condenado a una alternativa desalentadora: o bien atenerse al magro botín del legado de un pasado mal armado para perpetuarse y, por tanto, abandonarse a las seducciones castradoras de la erudición pura, o bien entregarse a los encantos de la reconstrucción aventurada. La historia de las épocas recientes (también en esto mis opiniones eran exageradas si no falsas) me inquietaba por razones inversas. O el historiador estaba abrumado por el peso de una documentación que le sometía a una historia estadística y cuantitativa, también reductora (porque si es necesario calcular lo que puede serlo en la documentación histórica, hay que hacer la historia con todo lo que escapa al número, y que a menudo es esencial). O bien, renunciaba a las visiones de conjunto. En este caso, una historia parcial; en aquel, una historia con lagunas. Entre las dos, esa Edad Media en la que los humanistas vieron, más que una transición y un paso, un

intermedio mediocre, un entreacto de la gran historia, un vacío en la ola del tiempo; esa Edad Media me pareció el terreno electivo de una alianza necesaria de la erudición (¿no había nacido, entre mediados del siglo XIX, la historia científica del estudio de las cartas y de las escrituras medievales?) con una imaginación apoyada en bases que legitiman su vuelo sin cortarle las alas. ¿No era para mí Michelet el modelo de historiador (como sigue siéndolo)?: hombre de imaginación, de resurrección, como se ha convertido en tópico decir, pero también, cosa que se ha olvidado, hombre de archivos que resucita no los fantômes o los fantasmas, sino seres reales enterrados en los documentos como los auténticos pensamientos petrificados en la catedral. Un Michelet historiador que, aunque después creyera no respirar más que con la eclosión de la Reforma y del Renacimiento, jamás simpatizó mejor con el pasado que en la Edad Media.

A fin de cuentas, era un Michelet historiador consciente de ser el producto de su tiempo, solidario con una sociedad en lucha tanto contra las injusticias y las sombras del oscurantismo y de la reacción como contra las ilusiones del progreso. Un historiador combatiente en su obra y en su enseñanza, quizá angustiado, como ha dicho Roland Barthes,[1] por ser el cantor de una palabra imposible, la del pueblo, pero que supo no tratar de escapar a esa angustia confundiendo la palabra del historiador con la del pueblo en sus luchas históricas; confusión que, como se sabe, tiene todas las posibilidades de conducir a la peor esclavitud de la historia y del pueblo a quien se pretende dar la palabra.

Muy pronto una motivación más profunda me unió a la Edad Media sin disuadir